

teatro contemporáneo



TEATRO PORTUGUES

RAUL BRANDAO · El loco y la muerte.

JOSE REGIO · Jacob y el ángel.

ALFREDO CORTEZ · "Rouge!"

BERNARDO SANTA-RENO · La promesa.

LUIZ FRANCISCO REBELLO · Es urgente el amor.

COSTA FERREIRA · Un hombre solo.

aguilar

TEATRO PORTUGUES CONTEMPORANEO

Raúl Brandão

EL LOCO Y LA MUERTE

José Régio

JACOB Y EL ANGEL

Alfredo Cortez

«ROUGE!»

Bernardo Santareno

LA PROMESA

Luiz Francisco Rebello

ES URGENTE EL AMOR

Costa Ferreira

UN HOMBRE SOLO

Selección y prólogo de
LUIZ FRANCISCO REBELLO

Traducción del portugués por
VÍCTOR AÚZ CASTRO



AGUILAR - MADRID

TEATRO PORTUGUES
CONTEMPORANEO

El Foco y la Muerte

El Foco y la Muerte

El Foco y la Muerte

El Foco y la Muerte

El Foco y la Muerte

El Foco y la Muerte

NÚM. REG. : 5471-60.
DEPÓSITO LEGAL. M. 11 881.—1961.

© AGUILAR, S. A. DE EDICIONES, 1961.

Reservados todos los derechos.

COSTA FERREIRA

UN HOMBRE SOLO ⁽¹⁾

DRAMA EN TRES ACTOS

(1) Fué estrenado en Lisboa en el Teatro Trindade, por la Compañía del Teatro Nacional Popular, el día 9 de enero de 1959.

PERSONAJES

ALBERTO SANTOS.—Setenta y tres años, que se notan fácilmente en las arrugas y en los cabellos blancos, aunque tenga una energía física admirable y una lucidez portentosa. A la fuerza de voluntad y a la inteligencia, que hicieron de su vida un constante triunfo, unió el tiempo una experiencia amarga que le aguzó el sentido crítico. Autodidacta, tiene un respeto sagrado por la ciencia y por la técnica, a las que tuvo siempre la preocupación de dominar él solo. Como todos los viejos que no viven en un ambiente afectivo agradable, tiene la obsesión permanente de justificar todo cuanto hace. Un vago sentimiento de culpabilidad le hace inconscientemente agresivo.

CARLOS DA CONCEIÇÃO.—Cuarenta y cinco años, elegante, simpático, inteligente. Profundamente orgulloso, carece de cualquier sujeción a la moral corriente. Hijo de padre desconocido, siente por la madre, ya muerta, la única ternura de su vida. Ha crecido y se ha hecho hombre en un ambiente de vida fácil, por lo que nada le parece

imposible. Cada acto es moralmente apreciado por sus consecuencias inmediatas, sin raíces ni proyección en sistema alguno. Es, por tanto, capaz de todo, incluso de un acto heroico.

GONZALO NUÑO.—Cuarenta y cinco años, débil, enfermizo. La enfermedad le ayudó a crearse un caparazón de egoísmo. Inteligente, pero de una pereza mental angustiosa, siempre que no se trata de un raciocinio que defienda un interés inmediato. Vivió siempre en un ambiente de lujo, que sólo le interesa por la seguridad y el «confort» material que le proporciona. La convivencia con su padre le ha resultado siempre incómoda; la convivencia con su madre, agradable y fácil.

TOMÁS.—Cincuenta años de hombre de sociedad. Inteligente, soltero y con una pequeña fortuna que ha gozado lo mejor posible. Ha viajado mucho, ha leído mucho, y, a través de sí mismo, cree en una humanidad conscientemente bondadosa que un día hará feliz al mundo.

MARÍA JUANA.—Sesenta y cinco años. Mujer de Alberto, ma-

dre de Gonzalo y hermana de Tomás. Fué una mujer hermosa y hoy es todavía una señora elegantísima. Se dejó conquistar por Alberto como trofeo de un torneo, más interesada por la victoria social que por la vida conyugal. Mientras, que se sepa, ningún otro amor agitó el lago tranquilo de su vida sentimental. La moral común constituye para ella una segunda personalidad.

LUISA.—Treinta y nueve años. Mujer de Gonzalo y sin hijos; por tanto, con una pobre vida sentimental, se refugió en sí

misma. Nadie sabe bien lo que piensa o lo que quiere; mientras tanto, hace la misma vida de toda la gente, como pieza perfecta de un depurado mecanismo.

Tres CONSEJEROS.

Una SECRETARIA.

Un CRIADO.

MARÍA.—Treinta años, pequeña, insignificante, pero muy expresiva. Es de esas mujeres que no impresionan a primera vista, pero que tienen un real interés.



COSTA FERREIRA

ACTO PRIMERO

Sala del Consejo de administración de una gran organización bancaria. Ambiente lujoso y pesado. Altos cortinajes de terciopelo rojo protegen las tres ventanas francesas del fondo. Entre cada ventana, retratos al óleo con marcos dorados de antiguos presidentes del Consejo de administración de épocas que pueden oscilar entre 1910 y 1950. A la derecha y a la izquierda, altas puertas acolchadas. Gruesa alfombra. En el centro, la mesa estrecha y larga del consejo.

Al levantarse el telón, sentado en una de las cabeceras de la mesa, pero un poco apartado de ella en una actitud de desinterés, ALBERTO. Alrededor de la mesa están sentados TOMÁS y tres consejeros; está vacío el puesto de GONZALO, y el primer consejero, en pie, está en el uso de la palabra.

CONSEJERO 1.º.—...Considerando, por tanto, el gran valor moral de esa institución, la misión cultural que la caracteriza y los altos intereses espirituales que defiende, soy de la opinión de que el Banco debe conceder el crédito pedido. *(Se sienta en medio de un silencio pesado que se prolonga y en el que todos miran a ALBERTO. Este, como despertado por el silencio de una profunda meditación, carraspea y se vuelve hacia la mesa.)*

ALBERTO.—Bien. Concluyendo rápidamente. Aquí, en la mesa de este Consejo de administración, apenas se tratan negocios, esto es, de inversiones lucrativas. Los valores culturales, espirituales y morales están todos entregados a la Fundación Alberto dos Santos. Pareciéndome, por tanto, inconveniente desautorizar a una organización que hasta ahora ha demostrado ser eficiente y realizar mejor que cualquier otra sus fines económicos y sociales, considero que el crédito pedido debe ser denegado. *(Pausa. en la que mira uno a uno a los restantes miembros del Consejo.)* Estamos todos de acuerdo, ¿no es así?

(Pausa, en la que el CONSEJERO 1.º baja la cabeza.) ¡Estupendo! ¿Hay algún asunto más en la agenda?

CONSEJERO 1.º—No.

ALBERTO.—Entonces podemos cerrar la sesión. Que lo pasen muy bien, señores, y muchas gracias. (Todos van a dar la mano, en silencio, a ALBERTO, que continúa sentado, y salen por la izquierda, excepto TOMÁS, que permaneció sentado en su sitio en el otro extremo de la mesa. Después de un silencio, ALBERTO repara en él.) ¡Ah!, ¿todavía estás ahí?

TOMÁS.—Necesito hablar contigo.

ALBERTO.—¿Cuánto?

TOMÁS.—(Sonriendo.) Esta vez, nada.

ALBERTO.—¡Ah!, ¿no?

TOMÁS.—Desde que tuviste la bondad de encargarme que me reuniera contigo una vez por semana, y añadiste mis parcos rendimientos un sueldo de consejero, dejé de tener necesidades económicas...

ALBERTO.—¿Y bien?...

TOMÁS.—...y puedo ser con independencia, dignamente, el cuñado de un hombre como tú.

ALBERTO.—Entonces habla pronto.

TOMÁS.—María Juana me pidió que te preparara para tener con ella una escena desagradable.

ALBERTO.—¿De qué se trata?

TOMÁS.—Mi hermana, a pesar de ser tu mujer hace más de cuarenta y cinco años, todavía no se encuentra habituada a oír tu vocabulario cuando te irritas. Por tanto, me pidió que viniera por delante a decirte de qué se trata, oír tus palabrotas y después hacerla entrar. Tienes que disculpar a la pobrecita: ella fué educada en un convento de monjas.

ALBERTO.—(Resoplando.) Ya lo sé. ¡Habla!

TOMÁS.—(Levantándose y hablando después de una pausa.) No es fácil. Yo me acostumbré, tal vez por pu-

dor, a no hablar nunca en serio contigo. Y esta vez es imposible decirte lo que te tengo que decir, en tono de broma. Se trata de Gonzalo.

ALBERTO.—(*Dominando un sobresalto.*) ¿Está peor?

TOMÁS.—Sí.

ALBERTO.—¿Por qué no me dijo nada él?

TOMÁS.—Tal vez aún no lo sepa.

ALBERTO.—¡Qué diablo! ¿Es que el chico es tan tonto que ni siquiera sabe cuándo está enfermo?

TOMÁS.—Tu hijo, a pesar de aproximarse ya a los cincuenta años y de ser inteligente, está tan acostumbrado a no tener salud que...

ALBERTO.—¿Que qué? Acaba.

TOMÁS.—El otro riñón también está atacado. (*Pausa.*)

ALBERTO.—(*Levantándose.*) ¿Quiere decirse entonces que está perdido?

TOMÁS.—Tal vez no, y es precisamente de eso de lo que quiere hablarte María Juana.

ALBERTO.—¿Quiere mandarlo a algún santo para que lo cure? Esas cosas las hacen siempre a mis espaldas y no acostumbran pedirme autorización.

TOMÁS.—No se trata de eso. Como sabes, ha venido a Portugal, a un Congreso, el doctor Schwartz, que es la mayor autoridad mundial en la especialidad. Fué a Cascaes a ver a Gonzalo, tuvo una conferencia con los especialistas portugueses y todavía hay una esperanza.

ALBERTO.—(*Explotando.*) ¿Y me vienen a pedir permiso para tener una esperanza?

TOMÁS.—(*No pudiendo evitar una sonrisa.*) En cierto modo, sí.

ALBERTO.—Se trata de cualquier operación fabulosa. (*Duro.*) Supuse que la familia de Alberto dos Santos no repararía nunca en gastar dinero.

TOMÁS.—No se trata sólo de dinero.

ALBERTO.—¡Entonces explícate de una vez, diablo!
¡Estoy harto de adivinar!

TOMÁS.—María Juana te podrá exponer concretamente el asunto, pero para eso tendrá que tocar ciertos aspectos muy delicados de vuestra vida conyugal y necesita tener la certeza de que tú te vas a dominar.

ALBERTO.—Cualquiera que te oiga pensará que acostumbro pegarle a mi mujer.

TOMÁS.—Las palabras también hieren, Alberto; y María Juana está muy deprimida con el estado de Gonzalo. Piensa que es su único hijo.

ALBERTO.—Por su culpa.

TOMÁS.—Eso ahora no importa. Por otro lado, tu buen sentido y la energía con que siempre has defendido los intereses de la familia nos aseguran...

ALBERTO.—¡No! ¡No! ¡No!... Yo no defendí nada ni a nadie. Procedí siempre acertadamente, que es diferente. Lo que hago está bien hecho, porque estuvo antes bien pensado, y no creáis que vuestros elogios van a hacer cambiar la idea que tengo de mí mismo.

TOMÁS.—Será necesario que la dejes hablar hasta que termine, que ates tus nervios.

ALBERTO.—(*Dando un puñetazo en la mesa.*) ¡Esto ya pasa de castaño oscuro! ¡Me viene a hablar de la vida de un hijo como quien me propone un negocio o me pide un préstamo; yo los oigo, al menos aparentemente, con naturalidad, y todavía tienen miedo de que yo no ate mis nervios! (*Pausa, en la que se domina.*) No te preocupes; yo sólo me irrito cuando quiero. La misma brutalidad es bien meditada, como todo en mi vida; y contra lo que todo el mundo supone, a veces es útil. Una palabrota decidida y dicha a tiempo sustituye con ventaja a muchas palabras vacilantes y dichas fuera de lugar. (*Pequeña pausa.*) Resumiendo, y para que estés seguro de que te comprendí: María Juana viene a pe-

dirme una cosa de la cual considera que depende la vida de Gonzalo y cree que yo, como el Padre del Cielo, no siempre estoy dispuesto a dar salud a mis hijos. Todo esto es perfectamente absurdo, pero propio de vosotros.

TOMÁS.—¿Qué debo decirle entonces a María Juana?

ALBERTO.—(*Volviendo a sentarse en su silla.*) Que la oiré con la impasibilidad resignada de la imagen del Señor de los Pasos.

TOMÁS.—¿Y si ella te pide apenas comprensión humana?

ALBERTO.—La comprensión es siempre humana. Las bestias no comprenden, aceptan. Y yo nunca fuí una bestia.

TOMÁS.—Pero se trata de una situación excepcional.

ALBERTO.—Yo también soy un hombre excepcional. No pierdas más tiempo y hazla entrar.

TOMÁS.—Bien. (*Sale por la izquierda, después de una última vacilación.* ALBERTO se levanta y da unos pasos. Va hasta el fondo y queda de espaldas al público, mirando hacia el exterior. En esa actitud lo encuentra MARÍA JUANA cuando entra por la izquierda. MARÍA JUANA da unos pasos hasta la mesa, se sienta, y sólo después de hacerlo, habla.)

MARÍA JUANA.—Ya estoy aquí, Alberto.

ALBERTO.—(*Volviéndose.*) ¡Ah! (*Va a sentarse en su silla en la cabecera opuesta de la mesa.*) Estoy a tus órdenes. (*Pausa larga.*) Lo que no quiere decir que te pueda dedicar un tiempo infinito. Mi secretaria está esperando a que firme la correspondencia.

MARÍA JUANA.—Se trata de la vida de nuestro hijo.

ALBERTO.—Ya lo sé.

MARÍA JUANA.—Todavía hay una operación posible. Como tú sabes, hace diez años que Gonzalo vive sólo con un riñón. Ese riñón está ahora atacado también. Pero hay una operación muy difícil, que sólo se hace en casos

extremos, pero que es la única cosa que se puede hacer ahora. Injertarle un riñón humano.

ALBERTO.—Ya entiendo. Y riñones humanos no hay en el mercado. Se trata, por tanto, de comprar. Hiciste bien, desde luego, en elegir la sala del Consejo de administración del Banco para tratar este asunto de familia. (*Tranquilo.*) Daré las órdenes oportunas para que urgentemente se compre un riñón humano, muy saludable, a cualquier precio. (*Levantándose.*) ¿Era sólo eso?

MARÍA JUANA.—(*Levantándose bruscamente.*) Es más que eso.

ALBERTO.—Pedir más de una víscera humana viva y saludable, ¿no será, a pesar de todo, exagerar un poco mis posibilidades?

MARÍA JUANA.—(*Cerrando los ojos.*) No quiero calificar tu ironía, porque no me quiero apartar de aquello que te tengo que decir, de aquello que sólo yo te puedo decir. No es cualquier persona la que puede dar la vida a nuestro hijo.

ALBERTO.—Se escogerá a alguien de buena raza. Hay mucha gente de categoría que da con placer una víscera a cambio de una fortuna.

MARÍA JUANA.—Esa persona tiene que ser uno de nosotros.

ALBERTO.—¡Ah! (*Pausa.*)

MARÍA JUANA.—Un pariente muy próximo. Lo ideal sería un hermano gemelo.

ALBERTO.—Eso ya no está a nuestro alcance.

MARÍA JUANA.—(*Volviendo a sentarse.*) Y nosotros, tú y yo, estamos viejos y lo suficientemente enfermos para...

ALBERTO.—(*Duro.*) Habla por tí. Yo me siento perfectamente sano.

MARÍA JUANA.—Pero tienes setenta y tres años.

ALBERTO.—Que valen más que los cuarenta y tantos que tiene tu hijo.

MARÍA JUANA.—(*Cambiando de tono.*) ¿Estarías, por tanto, dispuesto a...? (*La mirada de ALBERTO hace que ella se calle.*)

ALBERTO.—(*Aproximándose.*) ¿Tienes miedo de que diga que sí? ¿O tienes miedo de que diga que no? Desde luego tienes miedo; tú naciste para tener miedo. Lo que nunca se sabe es de qué. La respuesta es: no. (*Apartándose.*) La vida se pone en peligro por cualquier cosa que valga más que ella.

MARÍA JUANA.—Es tu único hijo.

ALBERTO.—Fué la única derrota de mi vida. Detrás de mí está una organización de la cual depende la vida de millares de hombres.

MARÍA JUANA.—Que continuarán viviendo después de ti. (*En otro tono.*) Pero no te preocupes, que no estás en peligro. (*Casi insolente.*) En este caso no dispones de aquello que te pedimos. El médico considera que no eres útil.

ALBERTO.—Entonces, ¿qué quieres?

MARÍA JUANA.—Gonzalo tiene, por lo menos, un hermano.

ALBERTO.—¿Qué?

MARÍA JUANA.—Un hijo tuyo.

ALBERTO.—Nada te da derecho a que digas eso.

MARÍA JUANA.—Por el contrario. Todo me da derecho a decir eso. (*Hablando baja y de prisa.*) Lo sé. Poco después de casados, cuando estaba esperando a Gonzalo, había otra mujer en tu vida. En aquel tiempo todavía yo era capaz de sentirme vejada con esas cosas. Esa mujer quedó embarazada también. Era una actriz, todo el mundo se enteró. Después, tú te desinteresaste del teatro y ella desapareció. Pero ese hijo tiene que existir. (*Pausa larga.*)

ALBERTO.—(*Aparentemente tranquilo.*) Claro que yo